

**Robert Sayre**  
**Michael Löwy**

**Figuras del  
romanticismo  
anti-capitalista**

## Figuras del romanticismo anti-capitalista

¿Qué es el romanticismo? Enigma indescifrable, verdadero rompecabezas chino, el hecho romántico parece desafiar el análisis científico, no solamente porque su gran diversidad resiste aparentemente toda tentativa de reducción a un denominador común, sino también y sobre todo por su carácter inmensamente contradictorio, su naturaleza de *coincidentia oppositorum*: a la vez revolucionario y contra-revolucionario, cosmopolita y nacionalista, realista y fantástico, restitutorio y utopista, democrático y aristocrático, republicano y monárquico, rojo y blanco, místico y sensual... Contradicciones que atraviesan no solamente al «movimiento romántico» sino también la vida y la obra de un solo y mismo autor y a veces un solo y mismo texto.

Frente a este enigma, la crítica no-marxista ha aportado, sin duda, algunas contribuciones parciales remarcables, en algunos trabajos filológicos, en algunos estudios específicos de tal o cual autor, y sobre todo en algunos análisis de *Weltanschauung*. Ello permite señalar un cierto número de rasgos característicos, si no en todos, al menos en una gran parte de los autores románticos. Pero buscaríamos en vano un enfoque global que pueda revelar la coherencia interna de estos elementos descriptivos, la unidad profunda de estos *membra disjecta* y su significación socio-cultural.

El mérito de los trabajos marxistas –cualesquiera que sean sus limitaciones y simplificaciones (a veces extremadamente arbitrarias y unilaterales)– es haber puesto énfasis en *lo esencial*, designando el eje común, el elemento unificador del movimiento romántico, en la mayor parte, sino en la totalidad de sus manifestaciones a través de los principales focos europeos (Alemania, Inglaterra, Francia): *la oposición al capitalismo*.

De aquí, el concepto de *romanticismo-anticapitalista*, formulado por primera vez por Lukacs, pero del que se pueden encontrar antecedentes en los escritos de Marx y Engels sobre Balzac, Carlyle, Sismondi, etc. Estos escritos revelan, a pesar de las críticas, el gran valor dado por los autores del *Manifiesto Comunista* a algunos pensadores que, aún siendo *laudatores temporis acti*, habían dirigido la crítica al corazón mismo del capitalismo<sup>1</sup>.

Contrariamente a Marx y Engels, muchos autores marxistas (o influenciados por Marx) del siglo XX han considerado el romanticismo –en particular el alemán– como una corriente reaccionaria y contra-revolucionaria. En Francia, esta orientación será representada notablemente por Jacques Droz; sus remarcables obras sobre el romanticismo político en Alemania sitúan con mucha precisión el carácter global del fenómeno (su naturaleza de *Weltanschauung*) y su dimensión anti-capitalista. Pero el movimiento es concebido, en última instancia, como una reacción a los «principios de la Revolución Francesa y de la conquista napoleónica», una reacción que aspira a restaurar la civilización medieval, y que se sitúa, sin ninguna duda, «en el campo de la contra-revolución»; en una palabra, un movimiento que «expresa la conciencia que tenían las viejas clases dirigentes del peligro que les acechaba». Esta posición implica que Hôlderlin, Bûchner y otros románticos favorables a la Revolución Francesa sean excluidos del cuadro de análisis, y que el periodo jacobino y pro-revolucionario de muchos escritores y poetas sobre cuyo carácter romántico

no se tiene ninguna duda, quede como un accidente inexplicable. Refiriéndose a Fredrich Schlegel, Droz reconoce que su paso del republicanismo al conservadurismo es «difícil de explicar» y termina por atribuirlo (siguiendo la tesis de Carl Schmitt que critica además como falsa) al «diletantismo ocasional» del poeta<sup>2</sup>.

Lukacs es también uno de esos pensadores marxistas que consideran el romanticismo anti-capitalista sobre todo como una corriente reaccionaria, que tiende a la derecha y al fascismo. Sin embargo, tiene el mérito de haber creado el concepto de *romanticismo anti-capitalista* para designar el conjunto de formas de pensamiento donde la crítica a la sociedad burguesa se inspira en una referencia al pasado pre-capitalista. Ha captado también el carácter contradictorio del fenómeno, pero insiste sobre el hecho de que el romanticismo conduce mucho más fácilmente hacia la reacción que hacia la izquierda y la revolución<sup>3</sup>. Finalmente, se encuentran en algunos de sus trabajos, incluyendo los escritos sobre Balzac de los años 1939-41, algunos análisis más matizados y más profundos (inspirados precisamente por los escritos de Marx y Engels) donde señala que el odio del autor de la *Comedia Humana* contra el capitalismo, su revuelta romántica contra el poder del dinero, proceden esencialmente de su clarividencia realista<sup>4</sup>.

Por otra parte, Balzac se sitúa en el centro de debate entre marxistas sobre el problema del romanticismo. Engels había proclamado en Balzac –en su conocida carta dirigida a Miss Harkness– «el triunfo del realismo» sobre sus propios prejuicios políticos legitimistas<sup>5</sup>. Una vasta literatura crítica seguirá con devoción y dogmatismo esta indicación sumaria y el misterioso «triunfo del realismo» se convertirá en el lugar común de muchos trabajos marxistas sobre Balzac. Otros autores intentarán poner en cuestión este marco de análisis, para mostrar que el realismo crítico del novelista no está en contradicción con su visión del mundo; desgraciadamente su solución consistirá en querer demostrar el carácter «progresista», «democrático» o de «izquierdas» de la ideología política de Balzac... Por ejemplo, el investigador checo Jan O. Fischer, autor de una excelente obra sobre el realismo romántico –que define con penetración la doble naturaleza, unas veces volviendo hacia el pasado otras hacia el futuro, del romanticismo anti-capitalista– trata en vano de demostrar que el legitimismo era «objetivamente democrático» y que el «verdadero contenido» de su realismo era... la democracia. Los argumentos que avanza apenas son convincentes: Balzac tendría por objetivo el «bienestar del pueblo» y de la nación; él simpatizaba con la «gente sencilla» y sus necesidades sociales –otras tantas características filantrópicas que caracterizan el paternalismo monárquico y que no tienen estrictamente nada que ver con la democracia<sup>6</sup>. Encontraremos un enfoque similar en Pierre Barbéris, cuyos trabajos son una de las mejores aportaciones de la crítica del marxismo contemporáneo; en algunos de sus escritos, sugiere que se puede encontrar en Balzac (particularmente en su juventud) un «romanticismo de izquierdas», «prometeico» e inspirado en el «culto al progreso»<sup>7</sup>. Lukacs tiende también a hacer de Balzac «un gran artista progresista», pero tiene la ventaja de reconocer que el autor de las *Ilusiones Perdidas* es realista no a pesar, sino gracias a su anti-capitalismo romántico y «pesimista»<sup>8</sup>.

Según nuestra opinión, es este último comentario el que abre la vía a la interpretación más adecuada sobre Balzac y de otros muchos autores románticos anti-capitalistas: su lucidez crítica no es de ningún modo contradictoria con su ideología «reaccionaria», retrógrada, legitimista, o Tory. Es inútil disfrazarlos de virtudes «democráticas» o

«progresistas» inexistentes: es porque tienen la mirada vuelta al pasado, por lo que pueden criticar con tal agudeza y realismo el presente (la sociedad burguesa). Por supuesto, esta crítica puede hacerse también (y mejor) desde el punto de vista del futuro, como lo hacen los utopistas o los revolucionarios; pero es un prejuicio –legado de la Ilustración– el no concebir la crítica de la realidad social más que desde una perspectiva «progresista».

Por otra parte, nos parece que la categoría de «realismo» es en sí misma muy limitada para rendir cuentas sobre la rica contribución del romanticismo anti-capitalista; demasiados trabajos marxistas toman como única referencia la definición de carácter «realista» o no, de una obra literaria o artística, con discusiones bastante bizantinas oponiendo «realismo socialista», «realismo crítico», «realismo sin orillas», etc. Muchas de las obras románticas o neo-románticas son deliberadamente *no-realistas*: fantásticas y, más tarde, surrealistas. Sin embargo, esto no reduce de ninguna manera su interés, a la vez como crítica del capitalismo y como sueño de *otro* mundo totalmente opuesto a la sociedad burguesa: ¡muy al contrario! Se debería introducir un nuevo concepto, *el irrealismo crítico*, para designar la oposición de un universo imaginario, ideal, utópico o maravilloso a la realidad gris, prosaica e inhumana del capitalismo, de la sociedad burguesa/industrial. Incluso cuando toma la forma aparente de una «fuga de la realidad», este «irrealismo crítico» puede contener una potente carga negativa (implícita o explícita) de contestación del nuevo orden burgués («filisteo») en auge. Es por su carácter de *irrealismo crítico* que no solamente novelistas y poetas como Novalis y ETA Hoffmann, sino también utopistas y revolucionarios como Fourier y William Morris han aportado al romanticismo anti-capitalista una dimensión esencial, tan digna de atención desde un punto de vista marxista como la lucidez implacablemente realista de un Balzac o un Dickens.

En realidad, hay una serie de obras marxistas que reflejan, de manera dialéctica, a la vez las contradicciones y la unidad esencial del romanticismo, y que no descuidan sus potencialidades revolucionarias. Erns Fischer, por ejemplo, define al romanticismo como «un movimiento de protesta –de protesta pasional y contradictoria contra el mundo burgués capitalista, el mundo de las «ilusiones perdidas», contra la dura prosa de los negocios y los beneficios... En cada giro de los acontecimientos, el romanticismo es dividido en corrientes progresistas y reaccionarias... Lo que todos los románticos tenían en común era la antipatía al capitalismo (los unos lo contemplaban desde un punto de vista aristocrático, los otros desde una perspectiva plebeya)<sup>9</sup>.

Encontramos algunos análisis en ciertos textos de Lukacs, en algunos de sus discípulos (R. Feher, G. Markus), también en escritos de autores que se refieren a la influencia lukacsiana (Norman Rudich, Paul Breines, Andrew Arato, Sanchez Vasquez); los encontramos también en muchas obras de Marcuse y en obras de americanos que han sido influenciados por él (Jack Zipes). Además de en esta tradición de origen culturalmente germánica, es entre los marxistas ingleses donde se encuentran los estudios más penetrantes del romanticismo anti-capitalista. E.P. Thompson y Raymon Williams (para el universo romántico anglo-sajón) y Eric Hobsbawn (para el movimiento romántico en la primera mitad del siglo XIX). Finalmente, de manera más bien excepcional, algunos investigadores de los países del Este escapan al corsé dogmático para avanzar algunos análisis muy sugestivos, como Jan O. Fischer en Praga y Claus Tráger en la RDA. En Francia, Pierre Barbéris es el principal investigador en examinar el romanticismo desde un

punto de vista marxista «abierto». No obstante, la mayor parte de estas obras son limitadas y parciales: refiriéndose a un solo autor, o a un solo país, o a un solo periodo (sobre todo a los inicios del siglo XIX); no consideran en general más que el aspecto artístico y literario del fenómeno. Se constata pues un vacío: no existe, según nuestra opinión, un análisis global, desde una perspectiva marxista, del romanticismo como *Weltanschauung*, en su continuidad histórica hasta nuestros días, así como de los fundamentos sociales del movimiento romántico anti-capitalista.

En lo que sigue, nos esforzaremos, pues, en primer lugar en definir el romanticismo como *Weltanschauung*, o visión del mundo, es decir como estructura mental colectiva específica de ciertos grupos sociales. Una estructura mental concreta se expresa en dominios culturales diversos: en la literatura y en otras artes, en la filosofía y la teología, en el pensamiento político, económico y jurídico, en la sociología y la historia, etc. Por lo tanto, la definición aquí propuesta no se limita ni a la literatura y al arte, ni al periodo histórico donde los movimientos artísticos llamados «románticos» se desarrollaron. Se entienden como románticos –o al menos tienen un cariz romántico– no solo un Byron, un Vigny o un Novalis en literatura, sino también, por ejemplo, un Sismondi en teoría económica, un Schleiermacher en teología, un Edmund Burke, un Proudhon y un Marcuse en filosofía, un Simmel, un Tönnies, un Max Weber en sociología<sup>10</sup>.

El concepto moderno de la visión del mundo ha sido elaborado sobre todo por el sociólogo de la cultura, Lucien Goldmann, que ha desarrollado y llevado a un nivel superior una larga tradición en el pensamiento alemán (notablemente W. Dilthey). Pero, a pesar de que se ha fijado sobre todo en las visiones del mundo moderno, y que ha explorado en detalle un buen número de las más importantes, el romanticismo no figura entre las tratadas. Si se alinean en orden histórico las visiones del mundo analizadas por Goldmann –la visión trágica en sus formas jansenistas y kantiana, la visión racionalista cartesiana y de la Ilustración, la visión dialéctica en sus múltiples formas, el existencialismo y el estructuralismo<sup>11</sup>– se percibe que hay una laguna, sobre todo en el siglo XIX, donde el pensamiento dialéctico (y el positivismo que continúa la corriente racionalista) no representan ciertamente las únicas visiones del mundo predominantes en la época. La totalidad significativa que llenaría este vacío sería precisamente el fenómeno del que nosotros nos proponemos trazar un primer análisis: el romanticismo anti-capitalista.

Puesto que se trata de una visión del mundo *histórica* –situada en el tiempo más bien que de una tendencia universal del espíritu– es importante primero establecer sus límites en el tiempo, para definir el área histórica en la que se inscribe. En cuanto a los orígenes del fenómeno –su génesis – debemos rechazar como insuficiente la hipótesis formulada por ciertos autores, según la cual sería «el fruto de la decepción delante de las promesas no cumplidas de la revolución burguesa de 1789», o «un conjunto de preguntas y respuestas a la sociedad post-revolucionaria»<sup>12</sup>. Según esta concepción el romanticismo como estructura de conjunto no existiría antes de la Revolución Francesa, siendo desencadenado por la desilusión que sigue a la toma del poder por la burguesía. Desde esta óptica, es una transformación de orden político que deviene el catalizador de la oleada romántica. Para nosotros, al contrario, el fenómeno romántico debe entenderse como una respuesta a esta transformación más lenta y más profunda –de orden económico y social – que es el advenimiento del capitalismo. Es decir, la génesis del romanticismo debería ser anterior al

1789, puesto que el establecimiento de estructuras económicas capitalistas precede en gran medida la reestructuración a nivel político.

Efectivamente, constatamos la existencia de un conjunto de fenómenos culturales anteriores a la Revolución que corresponden a la definición que proponemos del romanticismo. Pierre Barbéris ha mostrado, muy acertadamente, ya en las obras críticas de la Bruyère, de Fenelon y de Saint-Simon a finales del siglo XVIII, una filiación hacia el romanticismo<sup>13</sup>. Pero se trata solamente de *elementos* románticos, y solo podemos hablar de precursores. Es a partir de la mitad del siglo XVIII que se darán algunas manifestaciones importantes de un verdadero romanticismo (en el contexto de nuestra concepción, la distinción entre romanticismo y «pre-romanticismo» carece de sentido). Las primeras manifestaciones –notablemente en Richardson y en la «novela negra» – y aquellas que se generalizaron más rápidamente, tienen lugar en Inglaterra, el país donde las relaciones capitalistas se desarrollan antes y de forma más completa. Pero en Francia también Rousseau expresa ya toda la temática romántica –a menudo de manera más firme que los románticos más tardíos– y lo mismo en una Alemania sensiblemente retrasada en su desarrollo capitalista, el movimiento *Sturm und Drang* de los años 1770, y sobre todo *Werther* de Goethe, testimonian un romanticismo de primera importancia. Como lo señala Lukacs en su estudio de este periodo, es necesario evitar las simplificaciones respecto al tema de la famosa «Miseria alemana». Las relaciones capitalistas y las costumbres burguesas están sólidamente establecidas en Alemania en esta época, y «no se debe olvidar que las contradicciones en la evolución de la burguesía en ninguna parte han encontrado unos sentimientos tan apasionados y una expresión más viva, que precisamente en esta literatura alemana del siglo XVIII»<sup>14</sup>.

Por otra parte, ninguna de las fechas límite que se han propuesto para identificar el fenómeno de la visión romántica anti-capitalista es admisible: ni 1848, ni el cambio de siglo marcan su desaparición o incluso su marginalización. Pasa lo mismo con el romanticismo en el arte: si en el siglo XX los movimientos artísticos dejan de llamarse así, no es menos cierto que corrientes tan importantes como el expresionismo y el surrealismo llevan profundamente la huella de la visión romántica. Si nuestra hipótesis –que la visión romántica es esencialmente una reacción contra las condiciones de vida en la sociedad capitalista– está justificada, esta visión sería co-extensiva con el mismo capitalismo. Así pues, a pesar de que ha cambiado mucho desde sus inicios, guarda sus características esenciales, aquellas que suscitó el primer romanticismo. Según Max Milner este romanticismo nos continua hablando porque «la crisis de civilización vinculada al nacimiento y desarrollo del capitalismo industrial está lejos de resolverse»<sup>15</sup>. Y ciertos fenómenos culturales recientes –particularmente las revueltas político-culturales de los jóvenes de los países industriales avanzados en los años sesenta y setenta, así como los movimientos ecologistas que han surgido– son difícilmente explicables sin una referencia a la visión del mundo romántico anti-capitalista<sup>16</sup>.

La definición analítica de esta visión del mundo que intentaremos ahora esbozar, la presentaremos como una serie de temas articulados según una lógica y formulados a un nivel general suficiente para comprender las diversas expresiones del fenómeno en toda el área histórica que acabamos de señalar. Del primer elemento surgen y dependen todos los demás. En el origen de esta visión, hay una reacción de hostilidad a la realidad actual, un

rechazo casi total, y, a menudo, de una gran intensidad emocional, del presente. Esta actitud fuertemente crítica contra lo real del presente determina los otros elementos de la temática. Para definir el romanticismo, se ha realizado, a menudo, una enumeración o una configuración de temas presentes de manera abstracta y atemporal, sin comprender que los aspectos que parecen más puramente espirituales o intelectuales, están estrechamente ligados a la temporalidad. El romanticismo empieza como una revuelta contra un presente concreto e histórico. En el diccionario de los hermanos Grimm, *romantisch* se define (en parte) como «perteneciente al mundo de la poesía...por oposición a la realidad prosaica», y para Chateaubriand y Musset el desbordamiento del corazón está en contraste con el «vacío» desolador de lo real<sup>17</sup>. Según la fórmula de Lukacs en la *Teoría de la novela*, el «romanticismo de la desilusión», se caracteriza por una inadecuación del alma a la realidad, donde «el alma es más ancha y más vasta que todos los destinos que la vida puede ofrecer»<sup>18</sup>. Balzac ha llamado a un cierto número de publicaciones del año 1830 (entre otras, *Le Rouge et le Noir*) «la escuela del desencantamiento», y esta apelación se podría aplicar a la visión general del mundo romántico. Llamado en Francia el «siglo» (cual un «mal») o en Inglaterra y Alemania la «civilización» (por oposición a la «cultura»), la realidad moderna desencanta. Para Max Weber el capitalismo es el «desencantamiento del mundo» (*Entzauberung der Welt*), en tanto que Tieck ha llamado al romanticismo «la noche encantada a la luz brillante de la luna» (*die mondbeblänzte Zaubernacht*). Un aspecto importante del romanticismo, por lo tanto, es el «re-encantamiento» del mundo por la imaginación.

Además, la sensibilidad romántica percibe –más o menos consciente y explícitamente– en esta realidad algunas características esenciales del capitalismo moderno. Lo que se rechaza, aquello contra lo que se rebela, no es contra cualquier momento presente sino un presente específicamente capitalista y percibido entre sus más importantes cualidades constitutivas. Si hay a veces conciencia de la explotación de una clase por otra (en el campo literario encontramos un ejemplo claro en el retrato de John Bell del *Chatterton* de Vigny), esta conciencia no siempre está presente. Por otra parte, lo que todas las tendencias de esta visión denuncian unánimemente, son las características esenciales del capitalismo *cuyos efectos negativos atraviesan las clases sociales*, que son vividas como miseria *por todas partes* en la sociedad capitalista. Se trata de la omnipotencia en esta sociedad del valor de cambio –del mercado y del dinero– por lo tanto del fenómeno de la *reificación*. Y como consecuencia de la reificación generalizada, *la fragmentación social*, el aislamiento radical del individuo en la sociedad. Pues una sociedad fundada sobre el dinero y la competencia separa a los individuos en nómadas egoístas, hostiles e indiferentes unos a otros<sup>19</sup>. Es sobre todo contra estas características –los principios profundos de la opresión ejercida globalmente en la sociedad– que el romanticismo anti-capitalista se subleva.

La experiencia de una pérdida está ligada a esta revuelta contra el capitalismo: en la realidad moderna, alguna cosa preciosa *se ha perdido*, a nivel a la vez del individuo y de la humanidad. La visión romántica se caracteriza por la convicción dolorosa de que la realidad presente carece de ciertos valores humanos esenciales que han sido alienados. Sensación aguda, por tanto, de *alienación* en el presente, una alienación vivida como *exilio*: definiendo la sensibilidad romántica, A.W. Schlegel habla del alma «bajo los sauces llorones del exilio» (*under den Trauerweidn der Verbannung*)<sup>20</sup>. El alma, sede de lo humano, vive aquí y ahora lejos de su verdadero hogar o de su verdadera patria (*Heimat*); si bien según Hauser «el sentimiento de falta de hogar (*Heimatlosigkeit*) y aislamiento ha devenido la experiencia

fundamental» de los románticos de principios del siglo XIX<sup>21</sup>. Y Walter Benjamin —él mismo fuertemente impregnado por esta visión del mundo— ve en la llamada de los románticos alemanes a la vida onírica, una indicación de los obstáculos puestos por la vida real sobre el «camino de retorno al hogar del alma» (*der Heimweg der Seele in Mutterland*)<sup>22</sup>.

Se anhela fervientemente reencontrar su hogar, regresar a la patria, y es precisamente la *nostalgia* de aquello que se ha perdido lo que está en el centro de la visión romántica anti-capitalista. Lo que se ha perdido en el presente existía previamente, en un pasado más o menos lejano. La característica determinante de este pasado, es su *diferencia con el presente*: es el periodo donde las alienaciones del presente no existían aún. Porque estas alienaciones provienen del capitalismo tal como lo perciben y lo conciben los románticos, se trata de una nostalgia por un pasado *pre-capitalista*, o al menos por un pasado donde el sistema capitalista está menos desarrollado que en el presente. Por lo tanto, esta nostalgia del pasado está —según los términos de Marx, que comentó este rasgo entre los románticos ingleses— «estrechamente ligado» a la crítica, al rechazo del capitalismo<sup>23</sup>. El pasado que es el objeto de la nostalgia puede ser completamente mitológico/legendario, como en el caso de la referencia al Edén, a la Edad de Oro, o a la Atlántida perdida. Pero incluso en los numerosos casos donde es muy real, hay siempre una idealización del pasado. La visión romántica toma un momento del pasado real donde las características negativas del capitalismo faltaban o estaban atenuadas, y donde las características humanas reprimidas por el capitalismo aún existían, y lo *transforma en utopía*, lo forma como encarnación de las aspiraciones y esperanzas románticas. Esto es lo que explica la paradoja aparente que «*la vuelta al pasado*» del romanticismo pueda ser —incluso lo es de forma general, en cierto modo— una mirada hacia el futuro; porque la imagen de un futuro soñado más allá del capitalismo se inscribe en la visión nostálgica de una era pre-capitalista.

En el término «romántico», tal cual era entendido en los inicios del movimiento que lleva este nombre, hay una referencia a un pasado real particular: la Edad Media. Para Friedrich Schlegel se trata de «esta época del caballero, del amor y del romance, de donde proceden el fenómeno y el nombre mismo»<sup>24</sup>. Uno de los principales orígenes del nombre deriva del *romance* cortés medieval. Pero el romanticismo anti-capitalista tal como nosotros lo concebimos mira atrás hacia otros pasados que el de la Edad Media. Las sociedades primitivas, la Grecia antigua, el Renacimiento inglés, el antiguo régimen de Francia, todos han servido como vehículos de esta visión. La elección —y, sobre todo, la interpretación— del pasado se hace según las diferentes orientaciones de los romanticismos (de los que intentaremos más adelante establecer una tipología).

La nostalgia de un paraíso perdido del pasado se acompaña muy a menudo *de una búsqueda de aquello que se ha perdido*. A menudo, se ha observado en el corazón del romanticismo un principio *activo* bajo diversas formas: inquietud, estado de devenir perpetuo, interrogación, búsqueda, lucha. En general, el segundo momento del romanticismo anti-capitalista representa pues una respuesta activa, una tentativa de reencontrar o de recrear el paraíso perdido (existe también, no obstante, un romanticismo «resignado» que discutiremos más adelante). Para el joven Lukacs, la Edad de Oro de los románticos no es solamente el pasado: «es la meta, y el deber de cada uno de lograrlo. Es la «flor azul...»<sup>25</sup>.

Pero esta búsqueda puede ser emprendida según varias modalidades: sobre el plano ya sea imaginario o real, y en la perspectiva de una realización ya sea en el presente o en el futuro. Una tendencia importante emprende la recreación del paraíso en el presente sobre el plano imaginario, por la poetización, o el esteticismo del presente. Para Novalis, por ejemplo, «el mundo debe ser romantizado» por una «potenciación» (*Potenzierung*) de la realidad banal y habitual<sup>26</sup>. En general, la creación artística romántica puede ser concebida bajo este ángulo, como proyección utópica realizada en el presente, por la imaginación. Una segunda tendencia consiste en reencontrar el paraíso en el presente, pero esta vez en lo real. Se trata de la huida hacia los países «exóticos», es decir fuera de la realidad capitalista, hacia «otro lugar» que conserve en el presente un pasado más primitivo. El propósito del exotismo es una búsqueda del pasado en el presente por el simple desplazamiento en el espacio.

Pero existe una tercera tendencia que tiene por ilusorias o al menos solamente parciales las soluciones precedentes, y que se empeña en la vía de una realización *futura y real*. En esta perspectiva —que es la de Benjamin y Marcuse, por ejemplo— el recuerdo del pasado sirve como arma en la lucha por el futuro. Un célebre poema de Blake lo expresa notablemente. Después de preguntarse si la presencia divina se manifestó en Inglaterra «en la época antigua» (*in ancient time*), antes que sus colinas fuesen cubiertas por «estas sombrías fábricas demoníacas» (*these dark Satanic mills*), el poeta pide que alguien le aporte las armas, y termina el poema declarando: «Yo no cesaré la lucha intelectual/ Y mi espada no dormirá en mi mano/ Hasta que hayamos construido Jerusalén/ Sobre la tierra reverdeciente y agradable de Inglaterra» (*I will not cease from Mental Fight/ Nor shall my Sword Sleep in my hand/ Till we have built Jerusalem/ In England's green and pleasant Land*)<sup>27</sup>. En esta forma de romanticismo la búsqueda tiene como objetivo la creación de una nueva Jerusalén futura.

Experiencia de una pérdida en un presente capitalista, nostalgia de lo que se ha perdido, localizado en un pasado pre-capitalista, y búsqueda de lo que se ha perdido en el presente o el futuro: tales son los principales componentes de la visión del mundo que nosotros exploramos aquí. ¿Pero qué es lo que se ha perdido para la sensibilidad romántica? Queda por plantear la cuestión de los contenidos de la alienación, de la nostalgia, de la búsqueda. ¿Cuáles son, en otros términos, los *valores positivos* del romanticismo anti-capitalista? Se trata de un conjunto de valores *cualitativos* —éticos, sociales, culturales— por oposición al cálculo racional mercantil del valor de cambio. Se concentran, según nuestra opinión, alrededor de dos polos opuestos pero no contradictorios. El primero de estos grandes valores, aunque a menudo vivido bajo el signo de la pérdida, representa de hecho al contrario una nueva adquisición, o como mínimo un valor que solo puede alcanzar todo su potencial en un contexto moderno. Se trata de la *subjetividad individual*, del desarrollo de la riqueza del yo, en toda la profundidad y la complejidad de su afectividad y también en toda la libertad de su imaginario.

Sin embargo, el desarrollo del sujeto individual está directamente relacionado con la historia y con la «prehistoria» del capitalismo: el individuo «aislado» se desarrolla con él y a causa de él. No obstante, esto es la fuente de una importante contradicción de la sociedad capitalista; pues este mismo individuo que crea, sólo puede vivir frustrado en su interior y termina por rebelarse contra ella. El capitalismo produce individuos independientes para cumplir las funciones socio-económicas; pero cuando estos individuos se transforman en

individualidades subjetivas, y empiezan a explorar el mundo interior de sus sentimientos particulares, entran en contradicción con un sistema basado en el cálculo cuantitativo y en la estandarización. Y cuando ellos reclaman el juego libre de su fantasía imaginativa, se enfrentan a la extrema mecanización y simpleza del mundo creado por las relaciones capitalistas. El romanticismo representa la revuelta de la afectividad reprimida, canalizada y deformada bajo el capitalismo, y de la «magia» de la imaginación desterrada del mundo capitalista.

El otro gran valor de esta visión del mundo, en el polo diametralmente opuesto al primero, es *la unidad* o *la totalidad*. Unidad de este mismo yo con dos totalidades globalizadoras: por una parte con *el universo entero*, o la naturaleza, y, por otra parte, con el universo humano, con *la colectividad humana*. Si el primer valor del romanticismo representa su momento *individual* –incluso individualista– el segundo revela un momento *trans-individual*. Y si el primero es de hecho moderno aunque pensado como nostalgia, el segundo prueba ser un verdadero retorno (en el caso de los romanticismos orientados hacia el futuro, no se trata de un simple retorno al pasado, sino de una reconstrucción de la unidad pasada a un nivel más elevado).

Estas dos exigencias nostálgicas de unidad se definen por oposición al statu quo establecido por el capitalismo. Hauser remarca correctamente que el entusiasmo de los románticos por la naturaleza es «impensable sin la separación de la ciudad y del campo»<sup>28</sup>. El principio capitalista de dominación y explotación de la naturaleza está en contradicción absoluta con la aspiración romántica a la integración y la armonía del hombre con el universo. La aspiración a la recreación de la comunidad humana (considerada bajo múltiples formas: en la comunicación auténtica con otros, en la participación en el conjunto orgánico de un pueblo (*Volk*) y a su imaginario colectivo expresado en las mitologías y el folklore, en la armonía social de la sociedad futura sin clases, etc.) es la contrapartida del rechazo de la fragmentación de la colectividad y del aislamiento del individuo bajo el capitalismo. Brentano describe sus reacciones a la ciudad de París en 1827: «Todos los que veía caminaban por la misma calle, los unos al lado de los otros, y por tanto cada uno parecía seguir su propio camino solitario, nadie saludaba al otro, cada uno seguía su interés personal. Todo este vaivén me parece la imagen misma del egoísmo. Cada uno no tiene en su cabeza más que su interés, como el número de su casa hacia la que se dirige»<sup>29</sup>. La crítica al capitalismo y los valores románticos positivos son pues las dos caras de la misma medalla: aquello que se rechaza en el capitalismo es lo contrario de los valores que se buscan porque se han perdido.

La visión del mundo, que en grades líneas hemos trazado más arriba, representa, pensamos, un verdadero continente olvidado que escapa a los parámetros habituales de las ciencias humanas. Los estudios literarios y artísticos le dan un espacio muy restringido y sin referencias al capitalismo. Por lo que se refiere a otras disciplinas –como la historia, la sociología, las ciencias políticas, la economía, etc.– el romanticismo no es generalmente reconocido, en su campo, como perspectiva que pueda determinar las estructuras mentales. Debido a que no encaja en las categorías habituales (en filosofía: racionalismo, empirismo, idealismo, etc.; en historia y política: derecha/izquierda, liberal/conservador, progresistas/reaccionarios, etc.), pasa a través de su tamiz y queda la mayoría de las veces invisible en sus análisis. Pero como esperamos sugerir en la tipología del romanticismo que

a continuación haremos, esta visión, desconocida, del mundo ha jugado un rol de primer orden y de diversas maneras a escala mundial, y esto desde hace dos siglos.

Nos parece que una tipología de las figuras del romanticismo anticapitalista puede ser un instrumento útil, a la vez para rendir cuentas de la diversidad, de la riqueza y de la multiplicidad de voces a partir de una matriz común, y para identificar con más precisión el universo espiritual de una obra concreta. Evidentemente, hay muchos criterios que pueden servir a una clasificación: el estilo (realista o no), la cultura nacional (alemana, francesa, etc.), el campo intelectual (político, literario, etc.), el periodo histórico (pre-romanticismo, romanticismo tardío, neo-romanticismo, etc.), etc. No obstante, si hemos definido el romanticismo como una reacción respecto al capitalismo y la sociedad burguesa, nos parece más riguroso y más coherente constituir los tipos *en función de su relación con el capitalismo*, de acuerdo con su manera específica de contemplar esta relación; no se trata por tanto de una tipología política en sentido estrecho, sino de una trama que asocia a la vez lo económico, lo social y lo político. Se trata, claro está, de *tipos-ideales* en el sentido weberiano, que encontramos en general combinados, articulados o fusionados en la obra de un autor; diremos que tal pensador pertenece a tal o cual tipo cuando éste constituya el elemento dominante de sus escritos.

He aquí algunos de los principales tipos de romanticismo anti-capitalista, desde los orígenes del movimiento romántico en el siglo XVIII hasta nuestros días:

1.- El romanticismo *«restitutorio»* que de todos los tipos es el que más seguidores tiene, y que, en cierta manera, es el más próximo a la esencia global del fenómeno. Ya que ni resignado por realismo al presente degradado, ni orientado hacia el futuro, hacia una trascendencia a la vez del pasado y del presente, el romanticismo restitutorio pretende de modo explícito *restablecer* las formas sociales y culturales pre-capitalistas desaparecidas (generalmente medievales). Este concepto no es idéntico al de «reaccionario», que se refiere directamente a la reacción contra-revolucionaria que no proviene necesariamente del romanticismo (el término «restitutorio», que tomamos prestado de los trabajos del sociólogo de las religiones Jean Seguy, nos parece preferible a «retrógrado» o «involucionista», peyorativos, que pudimos utilizar en trabajos anteriores).

Ejemplos: en Alemania: el teórico en política Adam Muller, Novalis y otros numerosos románticos alemanes, el compositor Wagner, el círculo de Stefan George, Oswald Spengler y los *Kulturpessimisten*. En Inglaterra: Wordsworth y Coleridge, Carlyle y Ruskin, en el siglo XX G.K. Chesterton. En Francia: Chateaubriand, Vigny, Lamennais, en el siglo XX una parte de la derecha monárquica, notablemente Bernanos.

2.- El romanticismo *conservador*, que no pretende restablecer un pasado más o menos lejano, sino *mantener* la sociedad y el Estado tal cual existían en los países a los que no alcanzó la Revolución Francesa (Inglaterra y Alemania a fines del siglo XVIII y principios del XIX) y restaurar el statu quo francés de 1738; en los dos casos se trata de estructuras que ya contienen una *articulación específica de formas capitalistas y pre-capitalistas*.

Existe, por otro lado, un conservadurismo no-romántico, que apunta a justificar el orden capitalista, y a defenderle de toda crítica que sea presentada en nombre del pasado o del futuro. No se puede hablar de *romanticismo conservador* más que en la medida en que un elemento de crítica del capitalismo, a partir de valores orgánicos del pasado, es inmanente a

su discurso. Esto también es válido, para los otros tipos de los que hablaremos a continuación: romanticismo liberal, socialista, etc.

Ejemplos: Edmund Burke, Savigny, Disraeli, Schelling, Malthus.

3.- El romanticismo *fascista*, forma moderna y muy particular en la cual el neo-romanticismo se muda en ideología fascista o nazi, con el aumento de estos movimientos entre las dos guerras. Hay, ciertamente, elementos extraños y incluso hostiles al romanticismo en las ideologías fascistas –basta con pensar en los futuristas italianos, por ejemplo– pero no es menos cierto que un tema dominante de ellos es el odio hacia el mundo moderno y la nostalgia de una comunidad orgánica del pasado.

Ejemplos: Gottfried Benn, Knut Hamsun, Ezra Pound, Drieu la Rochelle.

4.-El romanticismo *resignado* o «*desencantado*», que comprende que el restablecimiento de estructuras pre-capitalistas es imposible y que considera, aunque lamentándolo profundamente, que el advenimiento del capitalismo industrial es un hecho irreversible ante el que hay que resignarse. Según los autores, este tipo de romanticismo puede dar lugar a una visión trágica del mundo (contradicción insuperable entre los valores y la realidad) o una gestión reformista que pretenda remediar algunos de los males más evidentes de la sociedad burguesa gracias al rol regulador de instituciones de carácter pre-capitalista.

Ejemplos: Ferdinand Tönnies, Georg Simmel, Karl Mannheim, Dickens, Flaubert, Thomas Mann.

5.- El romanticismo *liberal*, que aparentemente parece ser una contradicción en sus términos, en la medida que el liberalismo clásico y la rebelión romántica deberían excluirse. Pero es obligado constatar la existencia –sobre todo a principios del siglo XIX– de este equilibrio inestable donde el romanticismo está a punto de negarse. Este tipo está basado en el fondo en un malentendido, pues, para el *romanticismo liberal*, el paraíso perdido no es enteramente incompatible con el presente capitalista: es suficiente con curar los males más fragantes de este por medio de reformas sociales y morales.

Ejemplos: Michelet, Lamartine, Saint-Beuve, Victor Hugo.

6.- El romanticismo *revolucionario y/o utópico*, para el cual la nostalgia del pasado pre-capitalista está, por así decirlo, «investido» en la esperanza de un futuro post-capitalista. Aquí se rechaza tanto la ilusión de un retorno puro y simple a las comunidades orgánicas del pasado, como la aceptación resignada del presente burgués; aspira –de manera más o menos radical y explícita, según los casos– a la abolición del capitalismo y al advenimiento de una utopía futura donde se reencontrarían ciertos rasgos y valores de las sociedades pre-capitalistas.

Encontramos dentro del *romanticismo revolucionario* varias corrientes que representan tipos diversos, que es necesario examinar en su especificidad:

I.- El romanticismo *jacobino-democrático*, que realiza una crítica *a la vez* del feudalismo y de la nueva aristocracia del dinero, en nombre de los valores igualitarios de la Revolución Francesa. Frecuentemente, encuentra referentes pre-capitalistas en la Ciudad griega y la República romana.

Ejemplos: Rousseau, Hölderlin y Blake, Stendhal, Heine y Shelley.

II.- El romanticismo *populista*, que se opone tanto al capitalismo industrial como a la monarquía y a la servidumbre, y que aspira a salvar, restablecer o desarrollar como alternativa social las formas de producción y la vida comunitaria campesinas y artesanales del «pueblo» pre-capitalista.

Ejemplos: Sismondi, Herzen, Mikhailovsky, Tolstoi.

III.- El socialismo *utópico-humanista*: designamos con este término las corrientes y pensadores socialistas que aspiran a una utopía colectivista (post-capitalista), y que no perciben al proletariado industrial como el portador histórico de este proyecto; su discurso se dirige a la *humanidad* como un todo (a la humanidad sufriente en particular). Se les podría también designar con el término «socialistas utópicos», pero este puede parecer equivocado en la medida que la mayor parte de las formas del romanticismo revolucionario son utópicas en el sentido etimológico de la palabra: aspiración hacia una sociedad aún no existente (*ἰΠοῦνβή*: en ningún lugar).

Ejemplos: Fourier, Cabet, Enfantin, Pierre Leroux, George Sand, Moses Hess, Ernst Toller.

IV.- El romanticismo *libertario o anarquista*, que se inspira en ciertas tradiciones colectivistas pre-capitalistas de campesinos –o artesanos y obreros cualificados– para llevar a cabo un combate revolucionario contra el capitalismo y el Estado moderno, bajo todas sus formas. Lo que distingue esta corriente de otras parecidas es la oposición irreconciliable al Estado centralizado, percibido como quintaesencia de todas las características opresivas de la modernidad capitalista, y la aspiración a una federación descentralizada de comunidades locales.

Ejemplos: Proudhon, Bakunin, Elisée Reclus, George Sorel, Gustav Landauer, Oscar Wilde, Strindberg.

V.- El romanticismo *marxista*: se puede encontrar en la obra de Marx una dimensión romántica anti-capitalista, pero está lejos de ser dominante. Sin embargo, puede llegar a serlo en el pensamiento de algunos autores que se reclaman marxistas; para los cuales la nostalgia de la *Gemeinschaft* (*comunidad*) pre-capitalista (o sus valores, su cultura, etc.) juega un rol especial, tanto como motivación de la crítica del capitalismo industrial que como elemento central de la utopía del socialismo del porvenir.

Ejemplos: William Morris, Lukacs, Bloch, la Escuela de Frankfurt, E.P. Thompson.

Esta tipología debe ser manejada con precaución, no solo porque generalmente la obra de un autor no corresponde del todo a ninguno de estos tipos-ideales –lo que es inevitable–, sino también a causa de los movimientos, transmutaciones, negaciones y retornos, tan habituales en el romanticismo, que se manifiestan por el desplazamiento de un mismo autor de una posición a otra en el interior del espectro de colores románticos anti-capitalistas. Recordemos, por citar algunos ejemplos, el itinerario de Friedrich Schlegel y el de Görres del republicanismo jacobino al monarquismo más conservador, el de George Sorel del sindicalismo revolucionario a la Acción Francesa (y viceversa), el de Lukacs del romanticismo desencantado y trágico al bolchevismo revolucionario, el de

William Morris de la nostalgia romántica de la Edad Media al socialismo marxista, el de Robert Michels y el de Arturo Labriola del sindicalismo revolucionario al fascismo, etc.

En algunos autores, estas mutaciones pueden conducir a una ruptura con el romanticismo y a una reconciliación con el orden burgués, pero son casos excepcionales. En la mayor parte de los itinerarios en cuestión, se trata de un *desplazamiento en el interior de un mismo campo espiritual*, de desarrollos a partir de una misma matriz socio-cultural: el romanticismo anti-capitalista. Y es precisamente esta *homogeneidad de espacio ideológico* lo que permite comprender estas metamorfosis, aparentemente tan asombrosas. El carácter profundamente ambiguo, contradictorio y «hermafrodita» de esta *Weltanschauung* hace posible las soluciones más diversas y el paso de la una a la otra sin que el autor haya roto con los fundamentos de su problemática anterior. Esta *diversidad/unidad* se manifiesta en la existencia de ciertos movimientos culturales como el simbolismo, el surrealismo y el expresionismo que atraviesan los diferentes tipos y que no pueden ser encasillados en ninguna de las categorías mencionadas; lo mismo es válido para ciertos movimientos sociales de retorno a la naturaleza como la *Jugendbewegung* en Alemania a principios del siglo XX, o de los movimientos ecologistas de nuestros días.

Añadamos, para evitar toda confusión, que existe un conservadurismo, un liberalismo, un socialismo y un marxismo *no-románticos* e incluso, en ciertos casos, *anti-románticos*. Se podría definir cómo no-romántico toda forma de pensar que reivindica el progreso técnico, de la industrialización y/o del capitalismo, al rechazar categóricamente toda referencia positiva al pasado pre-capitalista. El liberalismo económico, el positivismo, el cientifismo, la tecnocracia, el utilitarismo son las formas típicas del pensamiento no-romántico. Pero también podemos añadir ciertas variantes evolucionistas del socialismo. No son románticos la mayor parte de los Enciclopedistas, los economistas clásicos, los sociólogos positivistas, los escritores naturalistas, los futuristas italianos, así como ciertos marxistas admiradores del progreso industrial y de la civilización moderna. Por supuesto, existe una variedad de formas de pensamiento que no son románticas ni anti-románticas, sino más bien una combinación ecléctica de las dos (Durkheim) o la tentativa de su superación dialéctica (Hegel, Marx).

Por desgracia no es posible en el marco de este ensayo desarrollar detalladamente el análisis de cada tipo de romanticismo anti-capitalista, y de apoyarlo con los ejemplos precisos, su desarrollo deberá aguardar a una publicación posterior. Para concluir el presente artículo, nos contentaremos pues con exponer la problemática de la explicación sociológica del fenómeno. ¿Cuáles son las bases sociales del romanticismo? ¿Es posible aplicar esta visión del mundo a un grupo o a unos grupos sociales? Si los análisis marxistas del romanticismo no ofrecen, en su mayor parte, unas hipótesis muy desarrolladas sobre este punto, encontramos, sin embargo, un cierto número de explicaciones sociológicas –al menos esquemáticas o puntuales– de su propósito. Ahora bien, estas explicaciones nos parecen en su mayor parte insuficientes para su comprensión.

Entre las explicaciones propuestas, la que nos parece más errónea es la que ve en el romanticismo un fenómeno esencialmente burgués. Así, para Léo Löwenthal, el romanticismo es una forma de «conciencia burguesa», y según Arnold Hauser el hecho de que el público de los románticos esté constituido por miembros de esta clase muestra el carácter «esencialmente burgués del movimiento» y de su ideología<sup>30</sup>. Esta reducción del

romanticismo a una ideología burguesa –realizada aquí por los críticos, que por otra parte tienen cualidades reales– es de hecho un lugar común de una cierta deformación dogmática que rechaza violentamente las afinidades entre las visiones del mundo marxista y romántica. El error de esta posición es ignorar *lo esencial* del fenómeno romántico; pues, a pesar de la pertinencia de una parte de los escritores y de su público a la burguesía, el romanticismo constituye un profundo desafío de esta clase y de la sociedad que domina. Si el romanticismo es por esencia anti-capitalista, está en las antípodas de la ideología burguesa. Ciertamente, en muchos elementos de nuestra tipología –notablemente en los tipos «conservadores» y «liberales» –pueden producirse posibles aproximaciones al espíritu burgués y el statu quo de un presente burgués. Pero creemos que éstos son casos límite donde el romanticismo corre el riesgo de ser negado y convertido en su opuesto.

A veces, los análisis marxistas asocian, sin embargo, el romanticismo a otras clases sociales, principalmente a la aristocracia y a la pequeña burguesía. Para Jacques Droz, si bien la mayor parte de los románticos alemanes pertenecen a este último estrato social, expresan, sin embargo, la ideología de la primera: ellos «no han servido más que los intereses de las antiguas clases dirigentes, a saber la nobleza, las corporaciones y las Iglesias», y su obra fue «la expresión de la conciencia que tenían las antiguas clases dirigentes del peligro que les acechaba»<sup>31</sup>. Para el crítico alemán del este G. Heinrich, al contrario, lo que se articula en este mismo romanticismo alemán, son los «intereses de clase de ciertos estratos de la pequeña burguesía», y Ernst Fischer encuentra que, más generalmente, «la actitud romántica no podía ser más que confusa, pues la pequeña burguesía era la encarnación misma de la contradicción social...»<sup>32</sup>. A nuestro parecer, estas dos interpretaciones son unilaterales; ni la una ni la otra es enteramente falsa, pero cada una es solo parcial, pidiendo ser integradas a una explicación más completa.

Los trabajos de Barbéris sobre el romanticismo tienen justamente el mérito de ofrecer una explicación multilateral, que ve en el origen del romanticismo francés una conjunción histórica de aspiraciones e intereses de diversos estratos sociales marginados por el capital: principalmente, los «aristócratas desposeídos» por la burguesía, y las jóvenes generaciones burguesas «sin recursos» que se enfrentaban a la barrera del dinero, que no encontraban donde emplearse<sup>33</sup>. Pero a pesar de sus méritos, este análisis sociológico más complejo queda, a nuestro entender, demasiado limitado. En primer lugar, nos parece insuficiente fijarse solo en la aristocracia y la pequeña burguesía (o en los jóvenes burgueses «no situados»), como mínimo si se quiere explicar el fenómeno global del romanticismo anti-capitalista tal como lo concebimos. Por otra parte, si Barbéris ha observado que la ola romántica se nutre de diversas *víctimas* de la burguesía y de su marco social, frecuentemente concibe la opresión solo a nivel económico. Por lo tanto, parece ver la rebelión romántica de jóvenes pequeño burgueses sobre todo como reacción a una situación que se burla de sus ambiciones al no darles salidas suficientes. Aunque si bien este móvil jugó, sin duda, un rol en el origen del romanticismo, no lo puede explicar por sí solo. No puede explicar la violencia y la profundidad de esta puesta en cuestión del orden socio-económico. Lo que a nuestros ojos es esencial, es *la experiencia de alienación y de reificación*, y el análisis sociológico debería plantear el problema en términos de sensibilización diferencial de esta experiencia en la totalidad social. Para terminar, avanzaremos algunas conclusiones que van en este sentido.

En primer lugar, nos parece que la mayoría de los análisis habituales de los marcos sociales del romanticismo no toman en consideración una categoría esencial para la comprensión del fenómeno: *la intelligentsia*, grupo compuesto de individuos de orígenes sociales diversos donde la unidad y la autonomía (relativa) surgen de una posición común en el proceso de producción de la cultura.

Una excepción es Karl Mannheim, que mostró, en su remarcable ensayo sobre el pensamiento conservador alemán, que los *portadores* del movimiento romántico eran esencialmente *intelectuales flotando libremente (freischwebende Intellektuellen)*<sup>34</sup>. De una manera general, es evidente que los *productores* de la visión del mundo romántico anti-capitalista son *ciertas fracciones tradicionales de la intelligentsia* cuyo modo de vida y la cultura son hostiles a la civilización industrial burguesa: escritores independientes, religiosos o teológicos (muchos románticos son hijos de pastores), poetas y artistas, mandarines universitarios, etc. ¿Cuál es la base social de esta hostilidad?

*La intelligentsia* tradicional (recordemos el «Cenáculo» de las *Ilusiones Perdidas* de Balzac) vive en un universo mental regido por valores *cualitativos*, unos valores éticos, estéticos, religiosos, culturales o políticos; toda su actividad social de *producción espiritual* (el concepto procede de Marx en *La Ideología Alemana*) está inspirado y conformado por estos valores que constituyen, por así decirlo, su razón de ser en tanto que intelectuales. Sin embargo, la característica central del capitalismo es la de ser un sistema donde el funcionamiento está totalmente determinado por los valores *cuantitativos*: el valor de cambio, el precio, el beneficio. Existe, pues, entre estos dos universos una oposición fundamental, generadora de contradicciones y conflictos<sup>35</sup>. Por supuesto, la *intelligentsia* de viejo cuño no puede escapar, en la medida que se desarrolla el capitalismo industrial, a ciertas obligaciones del mercado: por ejemplo, a la necesidad de vender sus «productos espirituales». Una parte de esta categoría social terminó por aceptar la hegemonía del valor de cambio, plegándose interiormente (a veces con entusiasmo y fervor) a estas exigencias; los otros, fieles a su universo cultural pre-capitalista de valores cualitativos, rehusaron lo que el Cenáculo de Balzac denomina «la decisión de traficar con su alma, con su espíritu, con su pensamiento» y se convirtieron en el foco productor de la visión del mundo romántico anti-capitalista.

Si los *creadores* de diferentes figuras espirituales del romanticismo anti-capitalista, y los *portadores* de los movimientos románticos, han salido de esta *intelligentsia* «clásica» —distinta de la *intelligentsia* más moderna: científicos, técnicos, ingenieros, economistas, administradores, «mass-mediáticos», etc.— *la audiencia* de esta visión del mundo, su *base social* en pleno sentido, es mucho más amplia. Está compuesta, potencialmente, por todas las clases, fracciones de clase o categorías sociales para las cuales la implantación y el desarrollo del capitalismo industrial moderno provocan un declinar o una crisis de su status económico, social o político, y/o pueden perjudicar su modo de vida y sus valores culturales a los cuales están vinculados. Por ejemplo, según las circunstancias y los periodos históricos, se puede incluir algunos estratos de la aristocracia, los pequeños propietarios, la «antigua» pequeña burguesía urbana y rural, la intelectualidad, los clérigos, los estudiantes, etc. Por supuesto que se trata solamente de una *posibilidad objetiva*, una probabilidad de comportamiento, como diría Max Weber, cuya realización efectiva depende de una serie de condiciones históricas y sociales concretas.

En este sentido, los análisis que designan las antiguas clases dominantes, o la aristocracia, o la pequeña burguesía de tipo pre-capitalista como la base social del romanticismo no son falsas pero son simplemente *muy parciales*: al limitarse a una sola clase o una fracción de clase, no pueden explicar la vasta extensión y la complejidad del conglomerado de fuerzas sociales que se reconocen, en un momento u otro de la historia, en esta visión del mundo.

Por ejemplo, independientemente de su origen de clase, *las mujeres* —como escritoras, como lectoras de novelas, como movimiento social feminista— mantienen desde el siglo XIX hasta nuestros días una relación privilegiada con el romanticismo, que corresponde probablemente a su mayor compromiso con los valores sociales o culturales pre-industriales.

¿Podríamos definir también las bases sociales específicas para *cada uno de los tipos* del romanticismo anti-capitalista? Generalmente, se puede avanzar la hipótesis que las formas utópico-revolucionarias encuentran su audiencia sobre todo entre las capas no-dominantes de la sociedad, pero toda tentativa de una delimitación más precisa nos parece problemática —sobre todo porque, como ya hemos señalado, los mismos individuos pasan frecuentemente de una posición a otra dentro de la gama romántica de colores.

La tentativa de análisis sociológico que nosotros apuntamos aquí comporta, sin embargo, una limitación: tiende a reducir la audiencia del romanticismo anti-capitalista, su *público social* a ciertas «bolsas de resistencia» arcaicas, pre-capitalistas, tradicionales o marginales a la sociedad moderna. Si esto fuera exacto, esta visión del mundo sería un fenómeno en declive, condenado a desaparecer por el desarrollo mismo de la civilización industrial. Sin embargo, no hay nada de esto: no solamente una parte significativa de la producción cultural, literaria y artística contemporánea está profundamente influenciada por ella, sino que asistimos al surgimiento de nuevos movimientos sociales, etc., cuyas aspiraciones comportan frecuentemente una fuerte coloración anti-capitalista romántica.

Todo sucede como si la civilización industrial/capitalista hubiese alcanzado una etapa de su desarrollo donde sus efectos destructores sobre el tejido social y sobre el medio natural han alcanzado unas proporciones tales que ciertos temas del romanticismo anti-capitalista (y ciertas formas de nostalgia del pasado pre-capitalista) ejercen una influencia social difusa que va más allá de las clases o categorías tradicionalmente unidas a esta visión del mundo.

## Notas

<sup>1</sup> Ver a este respecto M. Löwy, *Marxisme et romantisme révolutionnaire*. Editions du Sycomore, París 1979. Al titular un capítulo de su recopilación de textos de Marx y Engels «contra el romanticismo», Jean Fréville adopta una posición totalmente unilateral que no corresponde a los textos y que ilustra el empobrecimiento del marxismo como consecuencia del método estaliniano. Cf. Marx, Engels, *Sur la littérature et l'art*. ESI, 1936. Textos escogidos por Jean Fréville.

<sup>2</sup> Jacques Droz. *Le Romantisme allemand et l'Etat. Résistance et Collaboration en Allemagne Napoléonienne*. Payot 1966, p.50, 295 y *Le Romantisme politique en Allemagne*. A. Collin, 1963, p.25, 27, 36, etc. La posición contraria, es decir, el carácter esencialmente revolucionario del romanticismo, se presenta (desde un punto de vista próximo al marxismo) en la interesante y original obra de Paul Rozenberg, *Le Romantisme anglais*. Larousse 1973. Sin embargo, este análisis también nos parece unilateral, en la medida que trata de excluir del romanticismo las formas de pensar contra-revolucionarias (por ejemplo Burke)

- <sup>3</sup> Ver a este respecto su artículo sobre Dostoievski de 1931, donde aparece por primera vez el término «romanticismo anti-capitalista». *Ueber den Dostojewski Nachlass*. Moskauer Rundschau, mars 1931. Ver también el rechazo de Lukacs de considerar Hölderlin como un romántico en su *Brève Histoire de la Littérature Allemande*. Nagel, 1949, p. 57
- <sup>4</sup> G. Lukacs, *Ecrits de Moscou*. Editions Sociales, 1974, p. 159
- <sup>5</sup> Marx, Engels. *Über Kunst und Literatur*. Verlag Bruno Henschel, Berlin, 1948, p. 104
- <sup>6</sup> Jan O. Fischer. *Époque Romantique et réalisme. Problèmes méthodologiques*. Univerzita Karlova. Prague, 1977, p. 254-55, 260, 266-67
- <sup>7</sup> Pierre Barbéris. *Mal du siècle, ou d'un romantisme de droit à un romantisme de gauche*, en *Romantisme et Politique 1815-1851*. A. Collin, 1969, p. 177
- <sup>8</sup> G. Lukacs, *Ecrits de Moscou*, p. 150
- <sup>9</sup> Ernst Fischer, *The Necessity of Art. A Marxist Approach*. Penguin Books. Londres, 1963, p. 52-55
- <sup>10</sup> Para una presentación descriptiva que da una extensión semejante al fenómeno romántico, ver Paul Honigsheim. *Romantik und neuromantische Bewegungen*, en *Handwörterbuch der Sozialwissenschaften*. Stuggar, 1953
- <sup>11</sup> Para una tipología y una discusión de las visiones del mundo estudiadas por Goldmann, ver S. Naïr y M. Löwy, *Lucien Golgmann ou dialectique de la totalité*. Seghers, 1973; y R. Sayre, *Lucien Goldmann and the Sociology of Culture*. Praxis, 1, 2 (1976)
- <sup>12</sup> Claus Träger, *Des lumières à 1830: héritage et innovation dans le romantisme allemand*, en *Romantisme*, 28-29 (1980), p. 90; H. P. Lund, *Le romantisme et son histoire*, en *Romantisme*, 7, (1974), p. 113
- <sup>13</sup> P. Barbéris. *Aux sources du réalisme: aristocrates et bourgeois*. 10/18, 1978, pp. 330-40
- <sup>14</sup> G. Lukacs, *Werke*. Luchterhand, 1964, vol. 7 p. 57. Se trata de un capitalismo fuertemente estatizado: ver H. Brunchwig, *Société et romantisme en Prusse au XVIIIème siècle*, Flammarion, 1973
- <sup>15</sup> M. Milner, *Le Romantisme I (1820-1843)*. Arthaud, 1973, p. 242
- <sup>16</sup> H. Kals, *Die soziale Frage in der Romantik*. Cologne et Bonn, P. Hanstein, 1974 pp.7-15
- <sup>17</sup> *Deutsches Wörterbuch von Jacob Grimm und Wilhelm Grimm*, Leipzig, 1983, vol. 8, p. 1156; Chateaubriand, *Génie du Chistianisme*, II, III, 9; Musset, *La Confession d'un enfant du siècle*, ch. 2
- <sup>18</sup> G. Lukacs, *La Théorie du roman*. Gonthier, 1963, p. 109
- <sup>19</sup> Ver R. Sayre, *Solitude in Society: A Sociological Study in French Literature*. Cambridge, Mass., Harvard Univ. Press. 1978
- <sup>20</sup> *European Romanticism: Self-Definition*, ed L. Furet. Londres, Methuen, 1980, p. 36
- <sup>21</sup> A. Hauser, *Sozialgeschichte der Kuntt und Literatur*. Munich, Beck, 1953, II, p. 182
- <sup>22</sup> W. Benjamin, *Gesammelte Schriften*. Sürkamp, 1978, III, p. 560
- <sup>23</sup> Marx-Engels, *Sur la littérature et art*. Ed. Sociales, 1954, p. 287
- <sup>24</sup> *European Romanticism*, p. 9
- <sup>25</sup> G. Lukacs, *La Philosophie romantique de la vie*, en *L'Ame et les formes*. Gallimard, 1974, p. 84
- <sup>26</sup> *European Romanticism*, p. 3; cf. La concepción de la poesía de Wordsworth, pp. 11-12
- <sup>27</sup> W. Blake, *Poems and Prophecies*. London, Dene, 1975, pp. 109-10
- <sup>28</sup> En A. Hauser, op. cit.
- <sup>29</sup> Citado por Träger en op. cit. p. 99. Este pasaje guarda similitud de manera sorprendente con otro sobre Londres, realizado por este gran crítico del capitalismo, Engels en *La condición de la clase obrera en Inglaterra en 1844*, p 17
- <sup>30</sup> Löwenthal, *Erzählkunst und Gesellschaft*, Luchterhand, 1971; Hauser, *Sozialgeschichte*, II, p. 185
- <sup>31</sup> J. Droz, *Le Romantisme allemand et l'Etat*, p.295; ver también *Le Romantisme politique en Allemagne*, pp. 28-29
- <sup>32</sup> Gerda Heinrich, *Geschichtsphilosophische Positionen der deutschen Frühromantik*. Berlin, Akademie-Verlag, 1976, p. 60; E. Fischer, *The Necessity of Art*, p. 53
- <sup>33</sup> Barberis, *Mal du siècle ou d'un romantisme de droite à un romantisme de gauche*, op cit pp. 165, 171
- <sup>34</sup> Karl Mannheim, *Das konservative Denken*, 1927, en *Wissenssoziologie*, Luchterhand, 1964, p. 453-54
- <sup>35</sup> Ver al respecto Lucien Goldmann, *Pour une sociologie du roman*. Gallimard, 1964, p. 31 y siguientes. ♦

